

Impresiones de un viaje por España

POR BÁRBARA WALKER

La prestigiosa periodista que firma este artículo, ha querido glosar el «Aplec de Sardanes» celebrado el pasado domingo, día 31 de julio.

Honra nuestras páginas con su personalidad de redactora del «National Zeitung», de Basilea (Suiza), con sus certeras —y corteses— impresiones.

Asimismo, con ello intentamos agradecer al «Foment de la Sardana» su noble esfuerzo por la organización del citado «Aplec» y darle desde aquí nuestra enhorabuena más cumplida.

¡España! ¿Qué sabía yo de este noble país antes de venir aquí?

Nombres famosos en el arte y en la literatura, me eran familiares. Sabía que Pablo Picasso, Salvador Dalí, Juan Miró, Pablo Casals, son españoles. Conocía el «Don Quijote» de Cervantes, «El gran teatro del mundo» de Calderón y a Lope de Vega, en algunas de sus comedias clásicas. Me gustaba la encantadora poesía de los grandes líricodramáticos modernos, como García Lorca, y sentía un vivo deseo de poder admirar, en el Museo del Prado, las grandes obras de Velázquez, Goya, Murillo y el Greco.

En España se busca con el pensamiento la «Mignon» de Goethe; aquí concibió Schiller su «Don Carlos», aquí encontró Bizet su «Carmen» y Mozart su «Don Juan»; de aquí salieron «El Barbero», de Rossini y la «Danza del Fuego», de Falla.

La nueva España, sus guerras, sus problemas, su política, la conocemos por escasos artículos periodísticos y un poco por las grandes novelas de Ernesto Hemingway.

Precisamente, por lo mismo que sabíamos tantas cosas de España, conocíamos tan poco este país. Tan poco en el sentido de su realidad cotidiana. Citábamos las palabras del poeta «orgulloso como un español», sin darnos cuenta de lo que este orgullo significaba.

Nosotros decimos: «Esto parece una aldea española» y con ello queremos expresar algo muy complicado, algo inhabitable, que no precisamos bien.

Ahora he tenido ocasión de vivir en una de esas aldeas encantadoras, pintorescas, que parecen reclusas en sí mismas, aldeas de campesinos y pescadores. Yo sólo conozco bien la Costa Brava, del norte de Cataluña, y aun por haber vivido en ella corto tiempo. Ello no obstante me permito expresar aquí algo de mis impresiones personales sobre este pueblo que ciertamente vive en un amable ambiente meridional, pero en algunos aspectos parecido a nuestros pueblos suizos escondidos entre las montañas; trabajador, sin pretensiones, honesto y feliz, con aquel sentimiento humano de independencia que por desgracia en las ciudades, donde se encuentran las grandes aglomeraciones humanas, está algo amortiguado.

De allí viene un sentimiento de cortesía y un deseo de ser útil a los extranjeros que en esta forma desinteresada no hemos encontrado en ninguna otra parte, de una manera tan general.

El catalán, agricultor, pescador u hostelero, es en el verdadero sentido de las palabras, un «grand seigneur», un aristócrata del sentimiento. Siempre parece tener tiempo disponible para los demás, nunca está impaciente o irritado, no parece darse cuenta de sus voluntarias aten-

ciones. Discute apasionadamente, pero en todo momento con una serenidad infantil, como si sus voces se confundieran con el rumor de las olas que besan su maravillosa costa. Clara expresión de esta serenidad y alegría es la danza popular catalana, la sardana. Los especiales instrumentos de madera que entonan con virtuosismo la sardana, tienen tonalidades agudas, algo así como el oboe o la gaita escocesa. El ritmo es muy vivo, el tiempo y el compás cambian súbitamente.

La fiesta del domingo en Llansá, que tuvo como principal elemento la sardana, reúne a todo el pueblo después de la misa en la plaza Mayor, sombreada por un enorme plátano.

Nosotros, extranjeros, sentimos allí algo que se adentra en nuestro corazón. Luego, esta fiesta no obedece a ninguna organización, como sucede muy a menudo en Suiza.



Todos pueden entrar en el círculo de la sardana, y tomar parte en sus complicados pasos de danza, ancianos, madres de familia y niños, lindas muchachas y rudos mozos van ensanchando su círculo en torno del viejo plátano y todos gozan de la misma alegría. Nadie se siente allí simplemente espectador,

nadie es diferente; todos sienten como la orquesta desgrana viejas canciones que han mecido su cuna y que ahora animan la danza. Ciertamente no es cosa fácil bailar bien las sardanas, pero, con todo, en nosotros latía el deseo de acoplarnos al gran anillo. Estoy segura de que hubiéramos sido recibidas con aquella amabilidad patrimonio de este pueblo.

Sobre los danzantes ondeaban coloridas banderolas de todos los países de Europa, de América y de otros continentes, y debajo de ellas bailaban la sardana grandes y chicos, jóvenes y viejos, pobres y ricos; y entonces nos invade un sentimiento de cordial adhesión, de verdadero amor hacia este noble pueblo que espontáneamente plasma la unión de Europa y del mundo entero en un sentido más alto y más humano que las palabras de los ministros de los distintos países y los fanáticos de las diversas políticas. Y es que unidad y comprensión no exigen el renunciamiento de la propia personalidad, ni de las viejas tradiciones; sino, la estimación y el respeto hacia los demás, que en tan alto grado este pueblo posee, a la vez que ama su propia individualidad y la sabe defender con todas sus fuerzas de todos los ataques.

(TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR L. C.)